

Karyna Kouruklis & Zoraida Martín
Harmbringers



Editora Digital



CAPÍTULO 1

Martes, 6 de Septiembre.

Por la tarde.

Alain dejó la bolsa de deportes en el suelo y se sacó las llaves del bolsillo de los estrechos y gastados jeans, al notar que había una carta en el buzón de su finca. Tomó el sobre de dentro tras abrir la puertita roja, volteándolo y leyendo el remitente. Sonrió un poco colgándose la bolsa al hombro y entrando por fin, cerrando la cancela y pasando al interior de la casa.

De nuevo dejó la bolsa por cualquier lugar, y fue abriendo el sobre mientras se dirigía a la cocina a por una cerveza. Estaba sediento, además de cansado del gimnasio.

Mientras abría la lata se sentó en una de las sillas que tenía en la parte trasera de la casa, que daba a un jardín bastante descuidado. Lo suyo no era la jardinería, eso quedaba claro con echar un simple vistazo. Deslizó los dedos por las dos hojas que iban en el interior del sobre, desdoblándolas cuidadosamente y sonriendo de nuevo al encontrarse con una falta mientras leía.

Al principio sólo le hablaba de lo normal, cómo le iba y esas cosas, se escribían de manera continua. Tal vez la verdadera confianza... y amistad, había surgido cuando en una ocasión lo había escuchado hablar con su madre que era homosexual. Siempre se habían llevado bien, pero a partir de entonces... el chico le había confesado que también lo era, y encontrado en él con quién hablar libremente de aquello. Al regresar él a aquel pueblo al que

Karyna Kouruklis & Zoraida Martín Harmbringers



pertenecía, tras terminar unos estudios que estaba realizando para complementar su carrera; el chico había comenzado a echarlo de menos, y la verdad, él también añoraba su compañía. Las cartas se habían sucedido a menudo, y también alguna llamada de teléfono que otra. Sin embargo, la correspondencia siempre se sentía más privada y personal.

Tras la muerte de los padres de Ziel, tal vez por soledad, las cartas habían comenzado a ser mucho más continuas, y también las llamadas de Alain al chico, para saber cómo estaba, a pesar de que hacía tiempo que no se veían en persona. Aquel día...

Alain alzó un poco la mirada, observando los árboles mecer sus ramas con la brisa y recordando que el viento soplaba fuerte la tarde del entierro. Aquel día le habían dado ganas de llevarse a Ziel con él, sin embargo, no se sentía preparado ni adecuado, y Ziel tenía a su tío, quién poseía la custodia, él solamente había sido un amigo de la familia. No se había atrevido a entrometerse.

Bajó la mirada a la carta de nuevo, continuando su lectura, y sintiendo una punzada al enterarse de aquello que Ziel le contaba.